

Rudyard Kipling

Carlos Diego Córdoba

Image not found.

Capítulo 1

Vivo o muerto, no hay otro camino.

(Proverbio indio)

Viviendo en Santiago del Estero y ejerciendo mi profesión de abogado, tuve la oportunidad de gozar de la amistad de María Luisa Coronel. De origen muy humilde nacida en el monto santiagueño departamento Copos, había arribado a la capital de esa provincia.

Sus trabajos como empleada doméstica – me decía – no la humillaban para nada, pero había aprendido a leer por las suyas un poco con la guía del maestro o maestra rural que estuviera en todo el ciclo, lo que pocas veces acontecía. No había suficientes maestras o estaban con carpetas médicas.

Triste destino el de nuestra educación, terminar en el arcón de la medicina, cuando alguna vez sana y vigorosa supo iluminar al mundo.

El aprender a leer le había mostrado un mundo nuevo, del que no se conformaba con ser espectadora y ajena, quería participar. En una escuela nocturna y con diploma de honor sacó su título de bachiller, luego en esos años setenta del siglo pasado, si se quería ser alguien, tenía que aprender a escribir a máquina.

Las academias Pitman. Para pagarla tuvo que conseguir más trabajos y restarle tiempo al descanso para practicar en el teclado de cartón que se había fabricado para agilizar sus manos y memorizarlo. Cuando yo la conocí admiré de inmediato su arte en la máquina de escribir. Era un rayo.

Entre las casas en las que trabajaba estaba la de un Taboada. Era juez y un gran lector. Pronto comenzó a hojearle los títulos de los libros y a concurrir a la biblioteca popular de Huaico Hondo donde alguno encontraba y otros significaban un mejor tesoro.

También en la casa de Taboada empezó a tener nociones de lo que era el Poder Judicial y le gustó eso de la Justicia. Emprendedora buscó quién la pudiera informar y así trabó amistad con un vecino, D. Mario Paz que llevaba años trabajando con un abogado.

Este le consiguió del sindicato la reglamentación de la carrera judicial y la forma de entrar. "Es por padrinos" le dijo Don Paz, pero ni los tenía y María Luisa Coronel confiaba en demasía en su capacidad como para dejarse amilantar.

Tres cuatro cinco veces concursó quedando entre los primeros, hasta que un Fiscal que había integrado varias veces la comisión examinadora, le propuso ser meritoria. "Que es eso" dijo con las "s" bien marcada de la dulce tonada santiaguense. "Trabajas, pero no te pagan".

Le resultaba imposible, como pagaría la pensión, comida, vestimenta, pero el Fiscal pronto la calmó. Los empleados hacen un aporte que se acerca en mucho al mínimo de un sueldo inicial, si es que sos trabajadora.

Ser meritoria, tenía la ventaja que las vacantes se cubrían primero con ellos, así que por más que en los exámenes estuviera entre los primeros, los cargos ya habían sido llenados. La forma en que el nepotismo encontró para llenar de parientes tontos y vagos de jueces y funcionarios al poder judicial.

Puedo acotar que habiendo trabajado en casi todas las provincias Argentinas y en la justicia federal, el sistema es el mismo.

Volviendo a María Luisa Coronel y a su notable historia – una heroína en el sentido griego del término, pues hizo lo correcto – la conocí ya oficial primero en el Juzgado N° 3 en lo Civil y Comercial de la ciudad de Santiago del Estero.

Eran ya tiempos en que los abogados abundaban y pagaban el costo de una fácil educación donde al título prácticamente lo regalaban, y que con la mediocridad titulada peleaban para que hasta los oficiales primeros precisen el título de abogado.

María Luisa Coronel había concursado para Pro-Secretaria quedando entre los primeros calificados pero antes de terminar con los trámites del concurso, salió la acordada de la Corte que imponía como requisito para esa posición ser abogado.

María Luisa Coronel no se amilanó, miró a donde estaba el puesto más alto al que podía aspirar y hacia allí apunto. Rauda estuvo como Oficial de Justicia y su permanente predisposición junto a su incommovible honestidad, la hizo ser la preferida entre algunos abogados.

Por vaya saber que razón – creo que era la historia compartida de ponernos metas altas – terminamos con una muy buena relación, que viaje tras viajes siguiendo el destino de los oficios judiciales, se convirtió

en una profunda amistad.

Gran lector y gran lectora, comenzamos un torneo de autores y libros leídos. Había uno que nombró que ambos admirábamos y yo me quedé callado. "No lo leyó el doctorcito" dijo burlona, y estaba bien.

Con mayores medios me cuidaba y mucho de mencionar la suerte de tener una biblioteca (la de mi abuelo materno) inmensa a la par de mi experiencia como ayudante bibliotecario en un colegio por el que transité y que fue el lugar elegido para que molestara lo menos posible. Gran favor.

Llegamos de su casa, ya tarde y cansados, no me invitó a tomar unos mates ni a comer, pero me dijo espere y volvió con el libro de Rudyard Kipling "Cuentos de la India"

Esa noche pasaron ante mi vista, "La legión perdida" "Un trato de algodón" "En el Rukh" hasta que me detuve en "La aldea de los muertos". El título presagiaba una gran intriga y padecimientos a sortear. Me dije, "no es lo más apropiado para conciliar el sueño" al día siguiente hay que trabajar.

Lo que sigue es lo que tuve esa noche, lo que escribí de ese sueño al día siguiente, quizás mejorando un poco el estilo. No sé.

Me dormí como se duerme cuando uno está cansado. Una especie de duermevela donde se tiene conciencia del entorno como si estuviera despierto pero no puede actuar porque se está dormido.

Lo cierto es que me veía con seis o siete años viajando a Guayamba en la provincia de Catamarca a donde mi madre nos había llevado ese verano.

Bueno es decirlo, Guayamba por aquellos años era un caserío de una veintena de casas, casi todas de adobe y de lugareños. Se llegaba en viaje en un ómnibus destartado al que se le decía "la diligencia" subiendo por la cuesta del Portezuelo, la que me representaba un constante vomitar que ponía a prueba la paciencia de todos la que no era muy larga.

En Guayamba nos instalamos en la "pensión de Doña Delfina", era un cuarto grande, con varias camas en donde se acomodaba esta familia numerosa que supo contar con nueve hijos.

A los pocos días llegaron mis hermanos mayores. Guillermo montaba un caballo de nombre Panza Blanca, que tenía la característica que si uno inclinaba el cuerpo hacia adelante, salía disparado. "Es un cuadrero" decía con orgullo.

Siempre he sido insoportable y jodido, respondón agudo y mal mandado. La paciencia y educación de mi madre me llegaba generalmente por interposición de un objeto que cumplía a la perfección transmitirme la enseñanza.

No digo que eran mejores ni peores, digo que eran otros tiempos. Lo cierto es que con Guillermo tenía mucha afinidad, incluso como estudiaba en una escuela industrial, me estaba haciendo un auto a pedal, el que aún existía cuando dejé Catamarca.

Mi insistencia y las ganas de descansar de mi madre de tanto hijerío hicieron el resto. Me vi cabalgando a grupas del Panza Blanca al galope tendido hacia el "Cerro Negro" campo de propiedad familiar.

Era verano pero a la tarde se puso fresco y nos agarró una fuerte lluvia. Éramos gauchos pobres, no teníamos ponchos de vicuña que atajaran el agua.

Cuando llegamos a la casa principal del Cerro Negro (una casa de adobe un poco mejor puesta y más limpia) debía estar con un poco de fiebre pues mis hermanos se reían de todo lo que hablaba.

Me vi durmiendo con el desasosiego de la fiebre. Tuve pesadillas y el lugar que me las ocasionaba era un pozo donde había gente extraña que si bien no interactuaba conmigo me producía un claro terror. Mis hermanos me dijeron que algunos gritos me escucharon dar esa noche.

De ese pozo no se podía salir, la arena (los médanos los había conocido en Chapadmalal con el turismo social de la época) se me venía toda encima cada vez que estaba por llegar a la cima. Arriba lo veía al Panza Blanca, que a mis gritos hacía por bajar.

Hasta que perdió el pie y cayó dentro del pozo las siluetas se abalanzaron sobre mi adorado caballo e imaginé que se lo comían. Había anotado en este párrafo. "Quien te manda colarte en el cine para ver Mondo Cane, pendejo agrandado" Era un film bizarro sobre costumbres bizarras

El pozo daba a un río como lo daba la casa del Cerro Negro, pero no lo podía atravesar porque había gente que nos disparaba. (A esa edad mi conocimiento de las armas se limitaban a los rifles de aire comprimido que tenían los hermanos mayores)

Había logrado cruzar unas palabras con una de las siluetas: "tan chiquito y ya acá, Ud. no llega a viejo" del que me alejé espantado.

Las colchas con que me taparon me hicieron transpirar de lo lindo, y eso seguramente ayudó a que el cuerpo recuperara su temperatura normal. Más tranquilo en mi sueño vi bajo la luna llena la silueta de mi hermano Guillermo quien me tiraba unos lazos atados con los que me ayudó a subir

hacia el borde el pozo arenoso.

Allí estaba Guillermo, con su sonrisa de siempre y su calma inmutable. Lo vi arriba del Panza Blanca sin preguntarme muy mucho por las incoherencias de mi sueño. Con Guillermo el Panza Blanca y en su grupa me observé galopando feliz hacia el alba.

Me desperté con mis treinta y pico de años con una melancolía que recordaba la muerte de ese hermano, a la escasa edad de 18 años.

Preparé unos mates y me dispuse a mis rutinas. Leer los diarios.

Fue allí que miré el libro de Kipling, me acordé del cuento no leído de "La aldea de los muertos", con el sueño que había tenido me sentí intrigado y de un tirón de ansiedad lo leí.

La historia refería a un Ingeniero inglés que trabajaba para los trenes en India. Una noche de fiebre decide salir a cazar los perros que no lo dejan dormir. Se había montado en un caballo de nombre Pornic, brioso y ganoso, que pronto pasó a los perros que había salido a cazar, galopando hacia el desierto hasta que esa loca carrera fue frenada cuando se sintió cayendo en un gran cráter de arena donde había una aldea que hasta un pobre de solemnidad rechazaría para vivir.

El golpe lo atontó y mientras tomaba nota de las características donde se hallaba (un fondo de unos cincuenta metros en forma de herradura por la que pasaba un río) sintiendo silbar las balas disparadas desde un bote con gente armada mientras se acercaba al agua, escucho una voz:

"--Sahib, Sahib. ¿No me reconoce usted? Sahib: yo soy Gunga Dass, el telegrafista. Di media vuelta y vi al que me hablaba. Gunga Dass --y no vaciló en mencionar su verdadero nombre-- era antiguo conocido mío." (Kipling, "la aldea de los muertos")

Este le contó la historia. En tiempos de la peste a los que se enferman los traen a estos lugares para que el fresco del río los ayude a sanar. A los más débiles se les llena la nariz y la boca de barro para que mueran asfixiados. Los que sobreviven quedan obligados a quedarse aquí, son los portadores de la peste.

Pornic también cae en el hoyo y es comido por los habitantes de la aldea. Luego de muchas peripecias que hacen al cuento inolvidable, el inglés es rescatado y regresa al campamento. No sin que le dijeran que en la India estas aldeas de los muertos eran muy comunes, como comunes eran las ciudades llena de lujo de los usureros, que temerosos de la custodia de sus bienes huyen al desierto y las construyen no pudiendo salir jamás de

esas ciudades.

Dinero y muerte. El ácido humor inglés no deja de marcar esta característica en el cuento.

“--Déme usted ese dinero y todo el que tenga o llamo a mis compañeros y le mataremos. El primer impulso de un inglés, a lo que entiendo, es la defensa del contenido de sus bolsillos;” (Kipling, “la aldea de los muertos”)

Por suerte en mi pesadilla el dinero no intervino. No lo conocía. Si ahora conozco que por las pesadillas o sueños en algún modo somos una humanidad con mitos comunes a pesar de nuestra diversidad.

A la querida memoria de mi hermano Guillermo